

Capítulo 9: Heterocroma

Varios dardos salieron disparados hacia ellos. Ysbra se agachó con agilidad felina y Derren tuvo que echarse hacia un lado para evitar la afilada oleada. La sombra de la libélula pasó sobre ellos, fugaz como un proyectil. Se posó al otro extremo de la cumbre, donde estaba su nido.

Negro como el carbón, su pelaje no dejaba ni un solo hueco en el que se distinguiera piel o caparazón. Sus patas eran más de lo mismo, fuertes y peludas, acabadas en garras tan afiladas como navajas de afeitar. El cráneo triangular acababa en un hocico grisáceo que olfateaba las piedras de su nido vacío. Debajo, brotando de su cuerpo como raíces, dos sólidas tenazas se movían abriendo y cerrándose lentamente.

Atrancó una de las pierdas entre sus filos y ésta estalló en mil pedazos. Después, alzó la cabeza con dos ojos cetrinos que miraban a su alrededor con rabia contenida. “¿Has perdido algo?”, pensó Derren. Tragó saliva. Notó su mano sudorosa en la empuñadura. “Allá vamos”. Entonces la bestia pegó un chirrido que a punto estuvo de hacer que Derren manchara los pantalones.

El monstruo salió disparado al galope tendido hacia ellos. Ysbra no dudó ni un instante en salir a su encuentro, prometiéndole un doloroso choque frontal. Derren le fue a la zaga, fijando su objetivo en el flanco derecho de la bestia. La cazadora se tiró para evitar la embestida, tumbándose bocarriba y derrapando bajo el vientre de aquella cosa. Alzó su espada para atravesarle el torso, pero el filo chocó con algo tan duro como una montaña.

Derren pegó un salto con una vistosa acrobacia y clavó el helieno en la parte superior de una pata trasera. La hoja quedó clavada de forma muy superficial, abriendo un pequeño corte en la gruesa carne del monstruo. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para sacarla de ahí y recuperar una posición defensiva.

Los lados se invirtieron. Ysbra y él quedaron ahora en el extremo del nido vacío. La libélula abrió los morros enseñando unos dientes amarillos y afilados sobre los que se relamía una violácea lengua bífida. Su mandíbula pareció desencajarse de pronto, cuando con un chirrido vibrante lanzó dos docenas de agujones. Los cazadores los esquivaron nuevamente, aunque por los pelos.

Mientras ellos rodaban cada cual hacia un lado, la libélula se abalanzó sobre ellos volando a ras de suelo. Haciendo que los hierbajos se tumbaran asustados y las piedras rodaran apresuradas.

El zumbido tan cercano era ensordecedor y Derren tuvo que obligarse a no taparse los oídos. No podía permitirse el lujo de soltar su catana. Por el rabillo del ojo vio que la bestia se inclinaba hacia su izquierda, donde Ysbra aguardaba ya en guardia.

Esta vez la cazadora pegó un brinco con el que logró evitar la embestida del bicho, que pasó por debajo. Aprovechó la oportunidad para rasgar un ala transparente con su sable. Su vuelo pareció trastabillarse un instante, luego dibujó un giro muy cerrado a una velocidad endiablada, antes incluso de que Ysbra tocara el suelo.

Derren aspiró una gran bocanada de aire y se lanzó a la carrera para intentar mediar en el asalto, pero enseguida se percató de que no llegaría a tiempo. Fue inútil. El bicho atrapó a la

cazadora con sus zarpas y la aplastó contra el suelo, haciendo saltar por los aires varias esquivras rocosas. Ysbra trató de zafarse, pero la bestia parecía tener una fuerza colosal.

El helieno de Derren impactó contra la zarpa, clavándose apenas unos dedos en la rugosa piel de la libélula. Retiró la hoja rápidamente y unas gotas de sangre roja oscura escurrieron por su fijo. El cráneo del bicho giró hacia el cazador que vio cómo las tenazas se abalanzaban sobre él. Esquivó el ataque con brío, obligándose a retroceder.

Ysbra gruñía con desesperación. Derren volvió a la carga. Mientras lo mantuviera ocupado, Ysbra todavía tendría una oportunidad para salir de su entuerto.

El helieno, el material más cortante que Derren jamás había probado, apenas lograba atravesar la dura capa de piel negra. ¿Qué más podía hacer? ¿Dónde estaba su punto débil? Optó por jugarse el todo por el todo.

La libélula estaba quieta, aprisionando a su compañera de Serpentina con una pata. Corrió a la desesperada, gritando a pleno pulmón. Esquivó dos torpes pero fieros zarpazos. La lluvia de agujones lo obligó a desviarse de su trayectoria y dar un rodeo. Saltó desde el costado y logró colgarse de un ala. Esta empezó a agitarse tan deprisa que a Derren le pareció estar en medio de un terremoto. No tuvo más remedio que soltarse y caer de espaldas molineteando la catana para defenderse de un posible zarpazo.

El golpe fue sordo e indoloro. La adrenalina lo protegía de cabo a rabo. Se incorporó nada más tocar tierra y se giró al instante. Aquello sirvió para comprobar que las pinzas de la libélula lo iban a partir en dos. Logró oponer su arma en el último segundo, evitando que las tenazas se juntaran. Eso lo salvó de acabar en dos mitades, pero notó cómo se le hundía una cuchilla por entre las costillas. Un frío cortante le hizo soltar un gemido. Un gemido con el que se escapaban sus fuerzas. Sus posibilidades. Sus esperanzas.

Todo parecía acabado. Y cuando todo parece acabado, pasan cosas extrañas.

El frío dio paso al calor. El gélido aliento de la muerte se alejó con una ardiente oleada de entusiasmo. ¿Qué era? ¿Era su instinto de supervivencia?

Logró girar la cabeza y entonces lo vio. Los ojos. El fuego. El demonio.

Sus certidumbres quedaron reducidas a cenizas. Las creencias que siempre había rechazado derribaron los muros de la razón. La lógica dejó paso a la mística. Y ahí, firme y de pie, llameaba la esperanza de los dos cazadores. Un demonio en cuerpo de niña.

De sus manos nació el incendio. Las llamas se adueñaron del aire y robaron el color celeste al firmamento. Círculos de llamas anaranjados flotaban sobre sus cabezas. Un techo inflamado impedía al monstruo alzar el vuelo y las paredes de fuego lo encarcelaban en la yerma cumbre del farallón. La libélula se había quedado paralizada.

Demi extendió las manos y una llamarada se disparó hacia el bicho, que bramó tras el impacto. Una ola roja se extendió por su veloso cuerpo, arrojándolo en el abrasador abrazo de una manta de fuego.

Las tenazas soltaron a Derren que cayó al suelo, esta vez sintiendo el dolor multiplicado. Las garras liberaron a Ysbra que se apresuró en alejarse de ahí, sintiendo el sofocante calor que emanaba de las llamas tan cercanas. Pero no había escapatoria de la ígnea prisión. Los bramidos se intensificaron hasta convertirse en agónicos chirridos que erizaron la piel del cazador. La

libélula se retorció ya sin alas y con la mitad del cuerpo carbonizado. Poco a poco, el ruido fue extinguiéndose. Luego, el crepitar de las llamas apagándose. Y después, nada. Silencio.

Derren cruzó una fugaz mirada con Ysbra, y luego ambos miraron a la niña. Ella los miró, con sus facciones endurecidas y una mancha roja en cada uno de sus ojos grises. A Derren le sacudió un escalofrío recordando las palabras de los aldeanos de Drengs. ¿Estarían en lo cierto? ¿Un demonio?

Se tranquilizó cuando vio que la chica recuperaba sus rasgos naturales. Los ojos de Demi se cerraron, sus rodillas se doblaron y cayó hacia delante. El cazador se lanzó hacia ella para sujetarla.

Ysbra seguía sin dar crédito a lo que acababa de ver.

– Es... Es una... Es una hija de las guardianas –balbuceó finalmente.

– ¿Qué?

– Heterocromía.